

## A LOS COLABORADORES LAICOS

Peter-Hans Kolvenbach, S.J.  
Montevideo, 14 de setiembre 1988

Ante tantos buenos amigos de la Compañía de Jesús que han hecho el esfuerzo de estar hoy aquí reunidos, mi primera reacción es de agradecimiento. Les doy mis sinceras gracias por ser quienes son: Colegas, cooperadores, bienhechores, participantes hombro a hombro con jesuitas en la diversidad de obras y actividades apostólicas en donde trabajan, cooperando con Ustedes, jesuitas de esta noble nación del Uruguay.

Los trabajos de Ustedes tienen la riqueza de una gran diversidad: Administradores, profesores y empleados en esta joven Universidad que hoy generosamente nos acogen y en los Colegios, agentes pastorales en las parroquias y en movimientos apostólicos, miembros de Comunidades de Vida Cristiana, bienhechores y colegas en obras sociales, cooperadores en Retiros y de Ejercicios Espirituales, y en toda una gran serie de líneas de acción en la que los jesuitas participan, junto con Ustedes, al servicio de la Iglesia y de la sociedad uruguaya. La diversidad entre Ustedes existe y les enriquece mutuamente. Pero tienen muchas cosas en común, y entre ellas quiero ahora resaltar la siguiente: Sin Ustedes, con su participante y generosa colaboración, no podrían sobrevivir ninguno de los servicios apostólicos que la Compañía de Jesús desea realizar en esta parte de la viña del Señor. A todos Ustedes, pues, en nombre de los jesuitas del Uruguay y en nombre propio, como Padre General de la Compañía de Jesús, les doy cordialmente mis más sinceras gracias.

Además de ser un deber cristiano, la gratitud es una virtud enseñada a los jesuitas por su primer Superior General, San Ignacio de Loyola. Desde el mismo comienzo de su largo peregrinaje hacia Dios de Pamplona a Manresa, a Jerusalén, a Salamanca, a Paris y, finalmente, a Roma, Ignacio tuvo una profunda conciencia de todo lo que debía a los hombres y mujeres que le ayudaron en su caminar. No cesó de agradecerse. Rezaba por ellos continuamente. Durante toda su vida hizo todo lo posible por ayudarles.

Y cuando escribió las Constituciones de la Compañía de Jesús, San Ignacio señaló en más de una docena de lugares la responsabilidad que tienen los miembros de la Compañía de rezar por sus colaboradores y bienhechores. En la parte de las Constituciones que se refiere a las obras educativas de la Compañía, el primer capítulo lleva este título: De la memoria de los Fundadores y bienhechores de los Colegios”. Y entre las varias obligaciones que pone a los jesuitas para mostrar su gratitud, indica que cada año, el día en que se celebra la fundación de una institución educativa, se diga una Misa solemne por el fundador y los bienhechores y “se presente una candela de cera al fundador decorada con su escudo de armas o devociones, “en señal del reconocimiento que se debe en el Señor nuestro” (Constituciones, 312). Se trata de una época

histórica diferente de la nuestra. Este gesto podría resultar hoy demasiado extraño pero la intención y el espíritu son claros: Ignacio quería que sus hijos fueran agradecidos. Y deseaba que orasen fielmente por sus amigos, como hoy se continúa haciendo en toda la Compañía.

Sin embargo, sería inducir al error dar la impresión que todo lo que necesitamos saber hoy sobre las relaciones de la Compañía de Jesús con sus colaboradores se encuentra en las palabras o en la experiencia de San Ignacio. Él vivió un tiempo en la historia de la Iglesia cuando los miembros de las órdenes de clérigos recientemente fundadas - y una de ellas era la Compañía - tomaban el liderazgo en la profunda renovación de la Iglesia Católica y en la generosa expansión del evangelio. Las actividades y el número de jesuitas y de otros religiosos crecían año tras año, en esa página de la historia de la Iglesia.

Ahora vivimos unos tiempos muy diferentes, aunque tan interesantes como aquéllos. Vivimos ahora en la época del laicado, en el tiempo del seglar. El empeño apostólico de la Iglesia en la última parte del siglo veinte - sea en las parroquias, en instituciones educativas, en obras sociales, en movimientos apostólicos, en las diferentes formas de llevar la levadura evangélica a la cultura y sociedad contemporánea es realizado, en gran parte, por personas laicas.

En muchas de esas actividades y obras apostólicas constituyen generalmente la mayoría de sus miembros. Y cada vez más los laicos están y estarán tomando responsabilidades directivas. Este esperanzador fenómeno motivó, en parte, que el tema escogido precisamente para el Sínodo que se tuvo en Roma el año pasado fuera el tema del laicado. Una Iglesia con mirada de futuro tendrá siempre en sus ojos y en su corazón la vocación y la misión de la persona laica tanto en lo intraeclesial como en la transformación evangélica del mundo.

Esto nos lleva a afrontar toda una serie de retos. Retos tanto para nosotros jesuitas como para ustedes, amigos y colegas laicos. En el pasado los religiosos, y entre ellos los jesuitas, proveían los líderes, y la mayoría de los operarios en la base, para las nuevas iniciativas apostólicas de la Iglesia. Pero, ahora, ¿cuál es el papel de los jesuitas en la era del laico cristiano? La entrega de la Compañía de Jesús a la misión de la Iglesia continúa. Esperamos en Dios, con la generosidad de siempre. Pero, ¿qué relaciones se establecerán, qué actitudes florecerán en el trabajo con Ustedes, nuestros colaboradores y amigos laicos; un grupo tan lleno de vitalidad e iniciativas? Creo que las preguntas todavía están surgiendo. Y las respuestas todavía, al menos en su plenitud, no están dadas definitivamente. Se descubrirán solamente en el proceso mismo de nuestra mutua colaboración.

Yo les pido esta colaboración. Rezo por ella. Deseo que se lleve a cabo con éxito. La espero con confianza, pues me fío de Ustedes y del Espíritu del Señor actuando en sus corazones.

Quiero ahora mencionar tres actitudes, entre otras muchas, que esperaré ver en los miembros de la Compañía de Jesús. En primer lugar, un profundo respeto no solamente por las cualidades de los laicos y su contribución indispensable al apostolado; sino también por su específica vocación laical, por su llamada específica al compromiso apostólico; un compromiso que nace obligatoriamente de lo que tenemos en común como un don de Dios a la comunidad eclesial:

Nuestro común bautismo en Jesucristo muerto y resucitado. Y con aquellos que no son cristianos, somos hondamente hermanos y hermanas; pues tenemos un mismo Señor, que es Dios y Padre de todos.

Una segunda actitud que espero ver en los jesuitas, es su disponibilidad para aprender de sus compañeros de trabajo. Y aquí no hablo únicamente del campo de su especialidad (en el que no infrecuentemente sobrepasan en sus conocimientos o experiencia a sus colegas jesuitas), sino también de su experiencia espiritual. Ese conocimiento de Dios que se consigue en las luchas e inquietudes de la vida cotidiana en el mundo real.

La tercera actitud que me gustaría encontrar en todos los miembros de la Compañía de Jesús es la voluntad decidida, el hondo y contagiante deseo de hacer partícipes de su herencia espiritual a los demás. El carisma de la Compañía, su energía y su espíritu distintivo, nace de la visión y de la enseñanza de Ignacio como ha tomado cuerpo, sobre todo, en los “Ejercicios Espirituales”. Esta manera de mirar el mundo, este modo de contemplar a Dios y de descubrir su voluntad, esta manera peculiar de relacionarse personalmente con Jesucristo que invita a colaborar con la misión que le ha dado el Padre, se ha llamado con frecuencia espiritualidad. Pero su objetivo y su aplicación a la realidad se extienden a un campo más amplio; y creo que con justicia se podría llamar espiritualidad “ignaciana”. De hecho, San Ignacio la desarrolló durante muchos años (más de diez) en los que todavía no había sido ordenado de sacerdote y en los que no pensaba ser el fundador de una Orden religiosa. Gran parte de los “Ejercicios Espirituales” los escribió siendo laico; y, por allí dio los Ejercicios, como laico, a personas de toda condición. La enseñanza espiritual de Ignacio de Loyola no es algo exotérico; es un don a toda la Iglesia, un don, en definitiva del Espíritu del Señor ofrecido y compartido con todos los miembros del pueblo de Dios.

Estimados amigos, en los diversos campos apostólicos en que Ustedes trabajan tienen como colaboradores a miembros de la Compañía de Jesús. Trabajos que han de trascenderse a sí mismos, abrirse y orientarse más allá de las propias fronteras e intereses; poniéndose al servicio de toda la Iglesia y de toda la pluriforme sociedad uruguaya; y más todavía, al servicio de la familia humana en este continente latinoamericano y fuera de él. Los dones del Señor no son para vivirlos únicamente en un pequeño círculo restringido, cerrado en sí mismo; son una levadura que ha de introducirse eficazmente en todo el amplio mundo. Ninguna de estas obras de evangelización puede cumplir efectivamente sus objetivos sin vuestra colaboración. También necesitan el trabajo dedicado de sacerdotes, hermanos y estudiantes jesuitas. Todos nosotros, laicos y jesuitas, debemos trabajar en comunión y corresponsable participación hacia la finalidad que trasciende a nuestras instituciones y a nosotros mismos.

Durante la tarea, que abarca toda la vida, de desarrollar vuestra vocación laical cada vez más profundamente, permítanme que les urja a reforzar sus lazos con sus compañeros jesuitas; que ustedes les hagan partícipes no sólo de sus trabajos, sino también de su experiencia de la vida y de su experiencia de Dios. Y no duden en pedirles a ellos, a mis hermanos jesuitas, que en ese

trabajar hombro a hombro con Ustedes, les hagan partícipes de su herencia espiritual, la espiritualidad de Ignacio de Loyola.

Apreciados amigos con quienes queremos cada día colaborar más. Tenemos un Dios Padre y un mundo entero de prójimos. Nuestra vida se puede convertir en la prolongación humana de la acción redentora de la Santísima Trinidad que ha querido la cooperación activa de los hombres. Tengamos imaginación y valentía para trabajar unidos en “las cosas del Padre”, como le dijo Jesús a su Madre María. Busquemos siempre, sin desalientos y con vigorosa paciencia, dar el mejor servicio y profundizar nuestra fe con la ayuda de los demás. Esforcémonos, aún a costa del propio sacrificio, en promover la justicia de todo tipo, especialmente en favor de los innumerables pobres, desfavorecidos abandonados, sufrientes que corazones y sociedades egoístas producen como si fueran material de desecho. Luchemos, sin descanso, con la energía que da el Espíritu del Señor, en promover la justicia en el amor y desde las duras exigencias del amor; sabiendo que esto es el plan que Dios ha confiado para los hombres y que, al mismo tiempo, es nuestra propia y clara responsabilidad.

Gracias, de nuevo, por este tiempo en que me honran con su presencia amistosa. Y sobre todo, mis gracias más cordiales por trabajar, en mutua colaboración, con mis compañeros jesuitas por la finalidad que todos tenemos en nuestro corazón y en común: La mayor gloria de Dios.